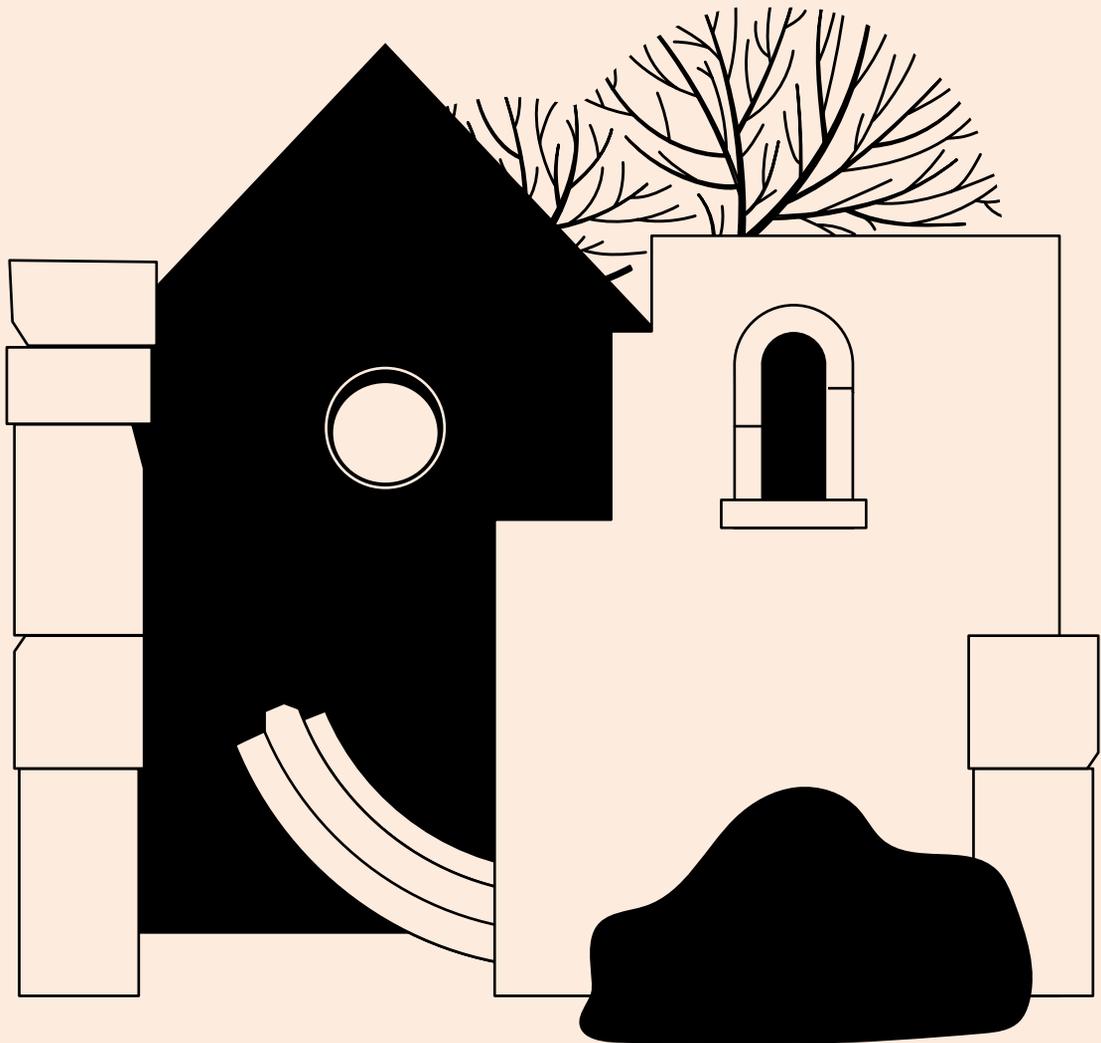


¿SOMOS SENSIBLES AL PATRIMONIO?

Y, si no lo somos, ¿cómo lograrlo? Mapa para orientarnos
en la sensibilización patrimonial



· La sensibilización se puede estimular e inhibir y, por lo tanto, se puede educar en ella, lo que significa que forma parte de los objetivos de enseñanza y aprendizaje del patrimonio. Si la sensibilización hacia el patrimonio se puede enseñar y se puede aprender, como consecuencia, se debe medir.

· La sensibilización está asociada a una cadena de acciones que conducen a ella. Y esto, a su vez, implica que hay que ordenar el proceso de sensibilización y hacerlo, además, de acuerdo con criterios técnicos, especializados, que deben funcionar y ser efectivos.

· Proponemos una secuencia de sensibilización que parte del conocimiento, transita por la comprensión, el respeto y la puesta en valor hasta llegar a la sensibilización.

· El conocimiento del patrimonio no conduce directamente a la sensibilización. Debemos ampliar lo que entendemos por conocimiento del patrimonio e incluir saberes conceptuales, procedimentales, actitudinales y experienciales.

· Además, existen diferentes vías de acceso al conocimiento del patrimonio; cada una de ellas, involucra en diferente medida los sentidos, la cognición, la emoción y las experiencias. Accedemos a esas vías a través de procedimientos de mediación que resultan de una intervención humana dirigida a favorecer aprendizajes y que

clasificamos en tres tipos según el grado de implicación del receptor o sujeto que aprende el patrimonio: recepción, interacción y experimentación.

· Comprender el patrimonio supone saber responder a todos los porqués que nos suscita y que debemos aprender a suscitar. A medida que vamos conociendo las respuestas, el bien patrimonial empieza a tener sentido, va adquiriendo el peso de la causalidad y resulta más complicado tener actitudes de falta de respeto o de desprecio sustentadas en la incompreensión: el patrimonio es como es porque atiende a un sentido y a un significado biográfico, histórico y contextual.

· Nos cuesta respetar aquello que no comprendemos, que consideramos absurdo o insignificante; en ese caso será frecuente que lo ignoremos o, incluso, lo evitemos y destruyamos.

· No podemos valorar aquello que no respetamos o, mejor dicho, a aquello a lo que no concedemos valor porque el valor no es intrínseco, sino que se proyecta, se atribuye al bien.

· Nada vale o deja de valer por sí mismo, sino que el acto de valorar es propiamente humano e implica identificar elementos, aspectos o características que se consideran positivos, deseables, importantes. Por eso, hay que aprender a valorar.

¿SOMOS O NO SOMOS SENSIBLES AL PATRIMONIO?

La sensibilización -de los ciudadanos, turistas, visitantes, escolares o determinados colectivos- preocupa de forma explícita o implícita a la gran mayoría de las instituciones y administraciones que se encargan de la gestión del patrimonio en cualquiera de sus dimensiones. Así, un concejal de cultura desearía que hubiera más ciudadanos interesados en visitar el centro histórico para registrar un mayor número de visitantes y mejorar así las cifras turísticas -e ingresos- de la ciudad; un arqueólogo querría que los vecinos del pueblo en el que se han hallado los restos celtas no aprovecharan la noche para excavar y buscar monedas de oro; un historiador desearía que se destinasen más fondos para la investigación del prerrománico asturiano; los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado hubieran preferido que aquel niño de tan solo doce años no hubiera escrito un mensaje de amor a su pareja sobre las paredes de una cueva paleolítica; el restaurador del famoso museo desearía que todo el mundo respetase la norma de no hacer fotografías con flash para proteger la integridad de la pintura... Todos ellos son casos de gestores del patrimonio que se enfrentan a personas, ciudadanos o colectivos que no son sensibles hacia la importancia de los bienes patrimoniales y que, como consecuencia de esa falta de sensibilidad, ignoran, expolían, desconocen o destruyen. Lo cierto es que no son sensibles porque no le conceden el suficiente valor -importancia- como para que les preocupe o afecte lo que sucede con esos bienes (FIG 1).

Por lo tanto, se puede medir perfectamente la falta de sensibilización hacia el patrimonio cuando encontramos acciones que son resultado del desconocimiento, la falta de comprensión, la ausencia de respeto, la desvalorización o la incapacidad para disfrutar del patrimonio. Pero, del mismo modo que identificamos la falta de sensibilización, podemos reconocer actuaciones que evidencian una clara sensibilización: vecinos que se organizan para evitar que destruyan los edificios emblemáticos de su barrio como consecuencia de la especulación inmobiliaria; un ciudadano que llama la atención a unos adolescentes por pintar con sprays sobre la escultura de arte moderno de la plaza; la asociación cultural del pequeño pueblo que organiza unas jornadas de alfarería tradicional; el concejal que inicia un programa de interpretación para ayudar a los visitantes a comprender mejor el anfiteatro romano, etc. Por lo tanto, la sensibilización no es un estado innato o natural, sino que se adquiere, se consigue, se alcanza y se transita hacia él. Pero nada de esto sucede de forma espontánea, ni es algo a lo que tengan “derecho” o acceso un determinado tipo de personas, sino que se enseña y, por lo tanto, se aprende; todas las personas pueden sensibilizarse si no lo están o ser mucho más sensibles de lo que son en relación con determinados bienes. De hecho, la sensibilización



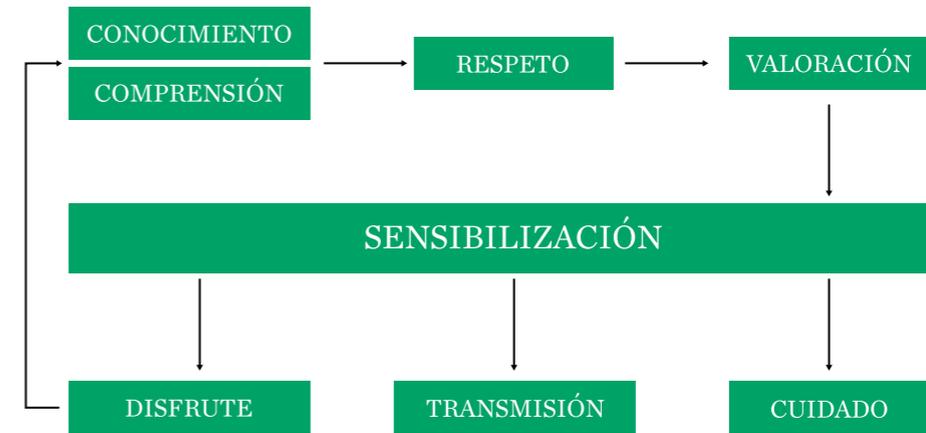
FIG 1. Polémica con un Grafiti en Valencia que pretende concienciar de la conservación del patrimonio. (Recuperado de: <https://www.elperiodico.com/es/ocio-y-cultura/20190222/polemica-en-valencia-por-unos-grafitis-en-un-claustro-renacentista-7318565>).

no es un estado global, de manera que una persona sensible a un tipo de patrimonio lo sea, necesariamente, a todo el patrimonio; pensemos en la cantidad de amantes del arte gótico que rechazan de plano el arte contemporáneo, por ejemplo. Eso supone que la sensibilización está asociada a una cadena de acciones que conducen a ella. Y esto, a su vez, implica que hay que ordenar el proceso de sensibilización si queremos que se produzca y hacerlo, además, de acuerdo con criterios técnicos, especializados, que deben funcionar y ser efectivos. Por lo tanto, la sensibilización necesita planificación, implementación y medición o evaluación del proceso y de los resultados. Todos estos son procesos que podemos abordar desde la educación patrimonial.

Resumiendo, las acciones inadecuadas hacia el patrimonio suceden en personas que no están sensibilizadas y es la gestión educativa del patrimonio la disciplina capaz de transformar la falta de sensibilización. Hemos denominado en otras publicaciones “secuencia de sensibilización”¹ al proceso que ordena este tránsito (FIG 2).

Esta secuencia parte del conocimiento, transita por la comprensión, el respeto y la puesta en valor hasta llegar a la sensibilización; una persona que ya está sensibilizada o es sensible, tiende a cuidar, disfrutar y transmitir el patrimonio, por lo que se convierte en *generadora* de conocimiento. De este modo, la secuencia es circular: las personas sensibilizadas tienden a disfrutar y, como consecuencia del disfrute, reproducen las cadenas transmisivas para que otras personas puedan compartir o vivenciar el disfrute. Un claro ejemplo lo encontramos con los niños que han disfrutado de una visita al museo con el colegio y el fin de semana regresan acompañados de sus padres para compartir con ellos el lugar en el que han aprendido y disfrutado.

FIG 2. Secuencia de sensibilización (Fontal, 2003; Fontal, 2013).



SABER QUÉ ES EL PATRIMONIO NO CONDUCE DIRECTAMENTE A SU SENSIBILIZACIÓN

Muchas personas saben qué es el arte contemporáneo e identifican algunas obras o autores, pero lo rechazan igualmente. Otras personas saben reconocer perfectamente “Las meninas”, incluso podrían reproducir algún dato clave del autor o la época, identificar algún personaje del cuadro, pero no por ello disfrutan de la obra: no les gusta, no les atrae. De acuerdo con esta misma lógica, hay muchos ciudadanos que saben perfectamente dónde está el centro histórico de su ciudad, incluso cuando vienen a visitarlos amigos de otros lugares los llevan allí, pero no saben cómo poner en valor los elementos históricos o estéticos más importantes del bien patrimonial. Por lo tanto, el conocimiento del patrimonio no conduce directamente a la sensibilización. Depende del modo de acceder a ese conocimiento y del tipo de conocimiento que hayamos adquirido. Esto nos lleva a preguntarnos qué es conocer el patrimonio, qué diferentes formas de conocimiento existen y cómo podemos acceder al conocimiento (cómo aprendemos) en relación con el patrimonio.

¿QUÉ SÉ CUANDO LO SÉ TODO SOBRE UN BIEN PATRIMONIAL?

Saber todo acerca de la Catedral de Córdoba, por ejemplo, ¿implica únicamente ser conocedor de su historia, identificar las distintas fases de construcción, discriminar los estilos artísticos que conviven en ella, las épocas constructivas, los artistas y pro-

1. Hemos desarrollado ampliamente esta secuencia en otras publicaciones (Fontal, 2003; Fontal, 2013) y hemos implementado numerosas actuaciones orientadas a su consecución, de forma que podemos demostrar que esta secuencia es efectiva en términos educativos.

motores? Si no sé nada de todo esto, pero me apasiona ir a ver la catedral y disfruto admirando sus magníficas decoraciones, fotografío cada detalle con mi móvil, ¿realmente no sé nada de la catedral? ¿O acaso hay distintos tipos de conocimientos relacionados con el patrimonio?

El conocimiento completo del patrimonio pasa, al menos, por cuatro tipos de saberes:

1º. Saberes conceptuales (incluyen datos, ideas, la relación de bienes patrimoniales en el tiempo y en el espacio). Suceden esencialmente en el cerebro: identificar, clasificar, contextualizar, analizar... Un claro ejemplo son los conceptos históricos, las fechas, periodos, etc.

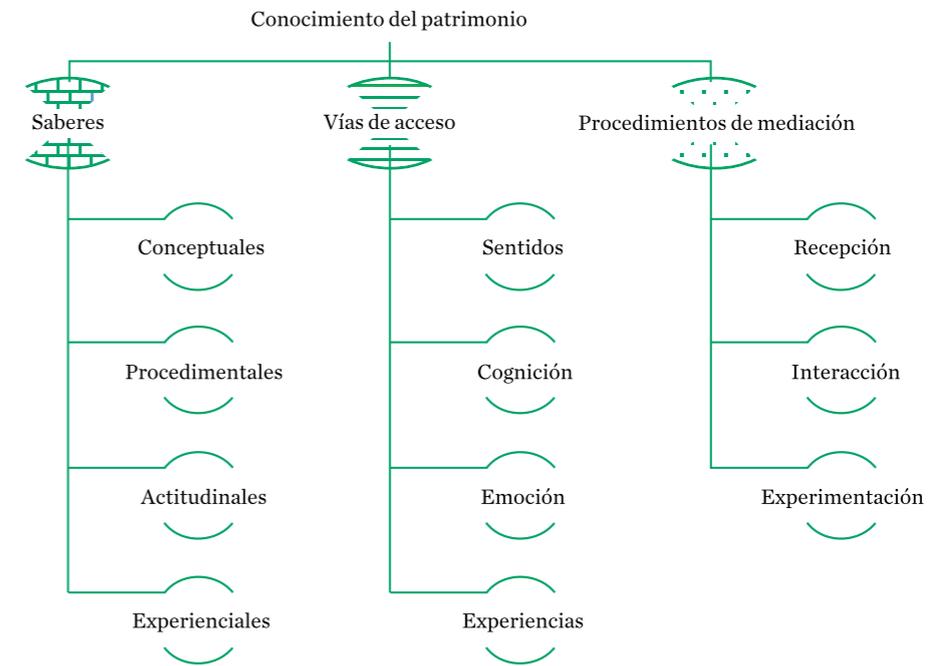
2º. Saberes procedimentales (Se vinculan a la producción y reproducción de procesos relacionados con la construcción y mantenimiento de los bienes culturales: técnicas, procedimientos...). Necesitan del uso del cuerpo (manos, brazos, piernas, cuerpo completo en movimiento). Un claro ejemplo son las técnicas y procedimientos artísticos.

3º. Saberes actitudinales: Las actitudes explican determinados comportamientos y, por lo tanto, son mediadoras de la conducta. Por ejemplo, la actitud de respeto sólo puede generar conductas de preservación y cuidado; la actitud de desprecio, probablemente genere indiferencia o incluso la destrucción del patrimonio.

4º. Saberes experienciales: implican vivencias, experiencias vinculadas a lo patrimonial y no necesariamente requieren conocimientos conceptuales, procedimentales y actitudinales. Son especialmente potentes porque generan vínculos de apropiación simbólica y adhesión identitaria. Este conocimiento experiencial es muy específico del ámbito cultural, de forma que las experiencias patrimoniales son vehiculadores fantásticos de vínculos de propiedad, pertenencia e identidad hacia el patrimonio.

Estos cuatro tipos de saberes patrimoniales generalmente están encadenados o pueden estarlo; en modo alguno están aislados, pero una persona puede moverse en uno de ellos sin llegar a transitar por los otros. Justamente la educación es la disciplina que puede “usarlos” en su beneficio. Por ejemplo, aprovechar que alguien disfruta observando el patrimonio para acercarlo a un conocimiento histórico o conseguir que alguien que conoce muchos datos históricos sobre un bien patrimonial aprenda a apropiarse simbólicamente y disfrutar de ese bien patrimonial que tanto conoce en un plano mental, pero en este caso a través de la fotografía creativa. Son solo ejemplos que evidencian que se pueden llegar a los mismos destinos de conocimiento del patrimonio, empleando diferentes itinerarios de aprendizaje.

FIG 3. Saberes, vías de acceso y procedimientos de mediación para el conocimiento del patrimonio.



Por otra parte, existen distintas vías a través de las que accedemos al patrimonio y la huella o impacto que dejan en las personas varía sustancialmente en función de cuáles sean esas vías. Así, por ejemplo, podemos acceder a conocimientos históricos sobre Roma cuando vemos un documental en televisión, cuando vamos a visitar Roma y la guía nos explica algunos monumentos, cuando hacemos un trabajo de investigación sobre Roma, si leemos una novela histórica ambientada en la ciudad, si asistimos a una conferencia de un experto en historia de Roma, si leemos una guía turística cuando viajamos a la ciudad o, incluso, si buscamos en internet información acerca de Roma. Son sólo algunos ejemplos de las diferentes **vías de acceso al conocimiento del patrimonio**; cada una de ellas, involucra en diferente medida los *sentidos, la cognición, la emoción y las experiencias*. El impacto, la huella o el poso que deja en nosotros cada una de estas vías tiende a ser mayor -aunque depende considerablemente de cada persona- cuando vivenciamos experiencias emotivas, que también implican a los sentidos y a la cognición: son las más completas. Por eso, esa idea popular de que aquello que se aprende con emoción, perdura, se fija, tiene una base sólida en la teoría del aprendizaje; en el ámbito específico de la cultura, es muy evidente.

2. Nos referimos a la obra denominada "La Fuente", de Marcel Duchamp (1917), que era un urinario que el artista envió a una exposición organizada por la Sociedad de Artistas Independientes de Nueva York.

En todo caso, accedemos a esas vías a través de **procedimientos de mediación** que resultan de una intervención humana dirigida a favorecer aprendizajes. Podrían clasificarse, al menos, en tres tipos según el grado de implicación del receptor o sujeto que aprende el patrimonio: *recepción, interacción y experimentación*.

Resumiendo, el conocimiento del patrimonio comprende diferentes tipos de *saberes*, a los que accedemos a través de muchas *vías* y como consecuencia de diferentes *procedimientos de mediación* (FIG 3).

POR QUÉ, POR QUÉ Y POR QUÉ: COMPRENDER ES DAR SENTIDO, ANCLAR UN BIEN CULTURAL.

¿Por qué algo es exactamente como es, para qué se hizo?; ¿cuáles son las finalidades, propósitos, intereses e intenciones de las creaciones culturales?. Si desconocemos por qué Duchamp decidió en un momento exacto de la historia del arte (primer cuarto del siglo XX), descontextualizar un urinario y ubicarlo en un museo², no comprenderemos su obra y difícilmente vamos a ponerla en valor. Responder a un porqué es dar sentido, coherencia, consistencia y relación de causalidad. A medida que vamos conociendo la respuesta a los diferentes porqués, el bien patrimonial empieza a tener sentido, va adquiriendo el peso de la causalidad, una solidez lógica y resulta más complicado tener actitudes de falta de respeto o de desprecio sustentadas en la falta de sentido. Estas suelen aparecer cuando algo no responde a una causa conocida, ni deriva de ninguna intención aparente o no es consecuencia de nada; de ahí que nos resulte absurdo o incomprendido. En el ejercicio de la comprensión ponemos en funcionamiento verbos como la deducción, la inducción, el análisis, la síntesis, el razonamiento lógico, la reflexión, la comprensión, la aprehensión, etc. El patrimonio *es como es* porque atiende a un sentido y a un significado biográfico, histórico y contextual:

Sentido biográfico: las creaciones culturales las ha hecho alguien en algún momento. Ese "alguien" tiene una historia de vida que explica -especialmente a partir del Renacimiento, pero también antes- decisiones, preferencias, posiciones, relaciones con otros autores, etc.

Sentido en el tiempo (histórico): existe un relato de infinitas consecuencias que permite comprender las relaciones de causa-efecto y co-causalidad que se producen entre unas creaciones culturales y otras. Dicho de otro modo, las producciones culturales surgen en un momento determinado, condicionadas por todas las producciones culturales anteriormente sucedidas y, a su vez, van a condicionar las que están por lle-

gar. La historia nos permite acceder, desde la mirada actual, a esas cadenas de relación sucedidas en el pasado.

Sentido geopolítico: la relación con el contexto geopolítico muchas veces explica intereses temáticos (por ejemplo, en *El Guernica* de Picasso o *El 3 de mayo en Madrid* de Goya), pero también muchas de las decisiones relacionadas con la financiación, promoción de ciertos bienes culturales, las fuerzas económicas dedicadas a la cultura, etc.

Sentido social: las obras son un reflejo y al tiempo consecuencia de las sociedades en las que surgen; reflejan un orden -en ocasiones jerarquía- dominante, recogen costumbres y tradiciones, muchas veces específicas de un determinado territorio o momento. En este sentido, la creación cultural actúa como un depósito que condensa muchos aspectos socioculturales y que, al tiempo, los representa. Es fruto de ellos y los justifica.

Sentido estético: el concepto de belleza ha ido modificándose con el tiempo y está relacionado con todo lo anterior: elementos sociales, geopolíticos, históricos y propiamente biográficos del artista. Sin duda, la amalgama de opciones estéticas, sus particularidades o elementos definitorios -si nos referimos a un estilo, tendencia, movimiento o época-, suponen verdaderas claves que nos ayudan a reconocer los porqués de muchas producciones.

Antes de conocer todos los porqués, la producción cultural era una isla, un barco a la deriva, que hemos ido anclando o conectando a tierra, cosiendo, dotando de sentido, a partir del conocimiento de sus motivos, motivaciones, causas y justificaciones. Lo hemos vinculado a la biografía del creador, a la historia, la geopolítica, la sociedad y la estética.

NO LO COMPARTO... PERO LO RESPETO.

Nos cuesta respetar aquello que no comprendemos, que consideramos absurdo o insignificante; en ese caso será frecuente que lo ignoremos o, incluso, lo evitemos y destruyamos. El patrimonio destruido no es más que la consecuencia de una falta de respeto por parte de quien o quienes deciden -consciente o inconscientemente- borrarlo de las huellas del tiempo. Pero el respeto es una actitud, condiciona la conducta y, además de necesitar saber el sentido de algo (comprensión), es imprescindible que la conducta se experimente y se ensaye, se perfeccione incluso. Si bien es cierto que una persona que comprende perfectamente un bien, tenderá a respetarlo, es igualmente cierto que a *ser respetuoso* se aprende respetando, demostrando que lo somos y no únicamente diciendo que lo somos. Con esto, estamos situando el acento en la necesidad de generar escenarios de conducta, situaciones que permitan a las personas comportarse, mostrar

y demostrar el respeto -o su ausencia -hacia un determinado bien. Ese aprendizaje experiencial requiere planificación, objetivación y medición. Más allá de la suposición de que la actitud respetuosa se adquiere de forma espontánea o, lo que es peor, que se tiene de forma natural o innata -y, por lo mismo, se carece de ella sin poder elegirlo- es preferible considerar que la intervención educativa la potencia, estimula o, en caso de ausencia, la inhibe o mantiene.

ESTO VALE ESTO NO VALE... O, MEJOR, PARA MÍ ESTO VALE Y ESTO NO VALE.

No podemos valorar aquello que no respetamos o, mejor dicho, a aquello a lo que no concedemos valor porque el valor no es intrínseco, sino que se proyecta, se atribuye al bien. Nada vale o deja de valer por sí mismo, sino que el acto de valorar es propiamente humano e implica identificar elementos, aspectos o características que se consideran positivos, deseables, importantes. Por eso mismo, el sentido que seamos capaces de comprender (histórico, social, estético, geopolítico o biográfico) nos va a ayudar a conceder o atribuir valores al bien; al menos, esos valores. Pero más allá del sentido que pueda tener un bien, es el hecho de ligarse con el sujeto -es decir, de establecer un vínculo- lo que nos permite proyectar esos valores y, por lo tanto, siempre son valores que se refieren a la visión (particular, obviamente) de cada persona o grupo. Por eso sugerimos la relatividad de esto vale o no vale, añadiendo “para mí”, y agregaríamos “al menos, ahora”, porque esas valoraciones pueden cambiar.

Por todo lo expuesto, si los valores se atribuyen, significa que:

1º. Son cambiantes, no estables. El conjunto de prioridades, preferencias, criterios de una persona o grupo, se modifican en el tiempo, en los tiempos.

2º. Si son cambiantes, son susceptibles de modificación externa. Existen actuaciones -planificadas o no- que permiten modificar esos valores. La educación es, justamente, una de las principales. Así pues, se pueden objetivar y se puede pretender que una persona o grupo aprenda a valorar.

3º. Son vulnerables y frágiles. Están a merced de la posibilidad y existencia de actuaciones externas, de manera que una persona que nunca ha tenido la posibilidad de poner en valor el arte barroco sacro y para la que su sistema de referencias no lo contempla, difícilmente va a valorarlo, seguramente porque no lo conoce y no lo comprende.

4º. Son numerosos y diversos. De este modo, no existe un solo valor o lo que comúnmente se conoce como “valor universal”; este concepto en un oxímoron. En la natu-

raleza de los valores está, precisamente, su diversidad y pluralidad. Se han realizado numerosas propuestas de clasificación de los bienes patrimoniales (Ballart, Pujola y Petit, 1996), desde enfoques diversos, de modo que proponemos una tabla resumen de los más importantes:

VALOR	Descripción
INSTRUMENTAL	Se usa para, sirve para, está diseñado como...
ECONÓMICO	Valor en un mercado, también variable.
FORMAL	Destacado por elementos de su materialidad.
HISTÓRICO	Por su lugar en el tiempo: antigüedad, momentos clave de la historia...
SIMBÓLICO	Vinculado a los significados que lo acompañan, más allá de la forma.
ESTÉTICO	Correspondencia con criterios de belleza, artísticos, ideales...
SOCIAL	Representatividad de una sociedad o entorno social.
IDENTITARIO	Potencial para condensar referentes de identidad de personas y grupos
RELACIONAL	Capacidad para conectar a las personas y grupos entre sí
COMUNICATIVO	Transmisión de información, mensajes, de intercambio de datos.
EDUCATIVO	Potencial para generar aprendizajes, para estimular el conocimiento.
DOCUMENTAL	Acreditación de hechos, momentos, acontecimientos, personas, lugares.
ESPIRITUAL	Referencia a creencias trascendentes, consideraciones filosóficas, sentimientos religiosos...
IDEOLÓGICO	Identificación de ideas, filiaciones políticas, posicionamientos conceptuales.
EMOTIVO	Reconocimiento de emociones relacionadas con afectos y sentimientos.

Esta clasificación pone de manifiesto que todos los bienes tienen más de un valor y que, al mismo tiempo, un mismo bien puede tener valores muy diferentes en función de quién los proyecte. Ese es el verbo clave: proyectar. Pero para proyectar es necesario tener conocimientos que nos permitan identificar por qué un bien es como es, y dónde está su valía. La comprensión, fase anterior en la cadena, es clave para reconocer esa diversidad de valores. En cualquier caso, el ejercicio de ir más allá de los valores históricos (tasados además en función del tiempo cuantitativo, es decir, a más años de



FIG 4. Historias de vínculos en la web www.personasypatrimonios.com

antigüedad, más valor) y el económico (valor en el mercado de la cultura), permite que cada sujeto encuentre muchas más posibilidades de vínculos con esos bienes (Fontal, Martínez y Cepeda, 2020).

Y CUANDO YA ERES SENSIBLE, ¿QUÉ CAMBIA?

La sensibilización funciona como un punto de inflexión, a partir del cual suceden de forma mucho más espontánea o natural, ciertas conductas: el cuidado, el disfrute y la transmisión. Son conductas no inducidas, sino espontáneas; tendemos hacia ellas de forma natural o automática.

Así, una persona sensible tiende a cuidar aquello que sabe que tiene valor. Lo hacemos de forma natural con todo lo que nos rodea: objetos, lugares, recuerdos e incluso personas. Por ejemplo, un objeto heredado de nuestro abuelo, aunque no tenga un valor económico, será tratado como un tesoro por nosotros, tenderemos a cuidarlo y conservarlo en buen estado, procuraremos que no se estropee, que esté alejado de otras personas que no van a cuidarlo; es por su valor sentimental o emotivo -quizá también histórico si asumimos que es parte de la micro historia de nuestra familia-, que tendemos de forma casi automática a cuidarlo.

En la web [personasypatrimonios \(www.personasypatrimonios.com\)](http://personasypatrimonios.com) encontramos innumerables ejemplos de bienes que son cuidados y conservados por familiares, proyectando en ellos valores de tipo íntimo, emotivo o sentimental, que generan conductas de cuidado. Esto mismo puede trasladarse a otros ámbitos que se refieren a patrimonios culturales: los mecanismos son similares. Por eso, comprender cómo funcionamos con ese patrimonio tan cercano es clave para trasladarlo a otros patrimonios que pertenecen a otras esferas identitarias compartidas (FIG 4).

El cuidado puede ser manifestado a través de la acción, de la conducta, pero también de la palabra (una descalificación es una falta de cuidado verbal), e incluso la cognición (el desprecio por determinadas manifestaciones o estilos, por ejemplo).

El disfrute requiere que previamente se haya cuidado un bien, aunque un estado inadecuado no impide necesariamente que disfrutemos de él; por ejemplo, de una ruina. Además, el disfrute no sólo es sensorial, sino intelectual, físico, social, emocional...

Del mismo modo que tendemos a disfrutar de aquello que tiene valor, tendemos a transmitir esos valores, lo que nos sitúa como agentes activos en el conocimiento del patrimonio. Si hemos ido a ver una ciudad, una exposición o un monumento que nos han conmovido, fascinado, retado intelectualmente o emocionado (distintas formas de disfrute), es muy probable que elijamos a uno o varios amigos o familiares a quienes recomendar su visita. Esto sucede porque queremos que los demás disfruten de lo mismo que nosotros. Y en ese acto de trasladar información a la otra persona, le daremos a conocer el bien, quizás introduzcamos algunas claves de comprensión ("te va a encantar porque es ...") y lo estemos poniendo en valor ("es muy interesante porque representa..."). Así, quien disfruta -porque es sensible- transmite el patrimonio.

La secuencia, que funciona perfectamente como estructura lineal para comprender los procesos relacionados con la sensibilización del patrimonio, tiene también sentido inverso: no podremos disfrutar ni querer cuidar aquello que no tiene valor, ni seremos capaces de valorar lo que no comprendemos y, por lo mismo, difícilmente podremos comprender lo que no sabemos conocer o conocemos parcial y equivocadamente. Esta secuencia también evita saltos en el vacío, por ejemplo, suponiendo que el mero hecho de conocer la existencia de un bien nos va a conducir a querer cuidarlo. Para eso, sabemos ya que debemos ser capaces de proyectar un valor y que solo podremos hacer en la medida en que lo comprendamos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Ballart, Josep, Fujola, Josep M^a y Petit, M^a del Àngels (1996). "El valor del patrimonio histórico". En *Complutum Extra*, 6 (2), 215-224.

Fontal Merillas, Olaia (2003). *La educación patrimonial. Teoría y Práctica en el aula, el museo e Internet*. Gijón: Trea.

Fontal Merillas, Olaia (Coord.) (2013). *La educación patrimonial: del patrimonio a las personas*. Gijón: Trea.

Fontal, Olaia.; Martínez, Marta. y Cepeda, Jesús. (2020). "La significación social del patrimonio: análisis sobre la percepción del patrimonio en la Comunidad de Madrid". En *Aula Abierta*, 49(1), 17-24.

Sánchez Fernández, Antonio J. (2013). "Restauración y metamorfosis de los valores del patrimonio cultural". En *Espacio, tiempo y forma, Serie VII* (Historia del Arte N. Época), 347-372.